



Me dispongo

“ El señor conoce nuestra frágil naturaleza mejor (inmensamente) que nosotros mismos, y por esto perdona sin descanso nuestra infidelidades y flaquezas, mientras nos arrepintamos de ellas, las confesemos, y sintamos, por una parte, el deseo firme de ser como Él nos quiere, y por otra parte el dolor punzante por nuestras infidelidades (grandes y pequeñas).

–Guillermo Roviroso, O.C. TII. 380

“ Dar y perdonar es intentar reproducir en nuestras vidas un pequeño reflejo de la perfección de Dios, que da y perdona sobreabundantemente.

–*Gaudete et exsultate*, 81

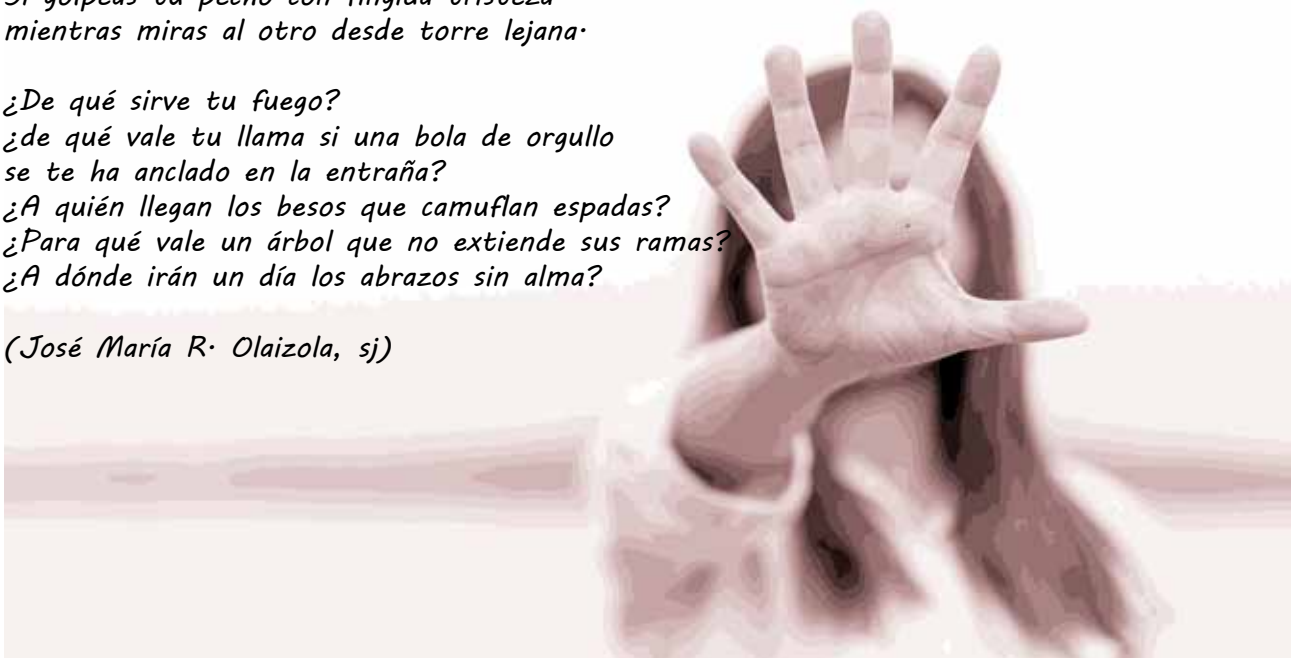
El perdón es lo que más nos asemeja a Dios, compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en perdón. El perdón abre nuevas posibilidades y restaura relaciones abriéndolas a la posible fraternidad. Por eso hoy es bueno que puedas sentirte perdonada para poder perdonar. El perdón es un don. Por eso lo pedimos. Reconozco mi pecado, una vez más, y oro.

Examen del mal amor

*Si a quien llamas hermano, desprecias a distancia·
Si en su cara sonríes y a la espalda rechazas·
Si profieres reproches con estudiada calma·
Si siempre encuentras pegos, pero nunca alabanzas·
Si golpeas tu pecho con fingida tristeza
mientras miras al otro desde torre lejana·*

*¿De qué sirve tu fuego?
¿de qué vale tu llama si una bola de orgullo
se te ha anclado en la entraña?
¿A quién llegan los besos que camuflan espadas?
¿Para qué vale un árbol que no extiende sus ramas?
¿A dónde irán un día los abrazos sin alma?*

(José María R. Olaizola, sj)





Una mirada a mi vida

Me examino:

- ¿Cuáles son las esclavitudes y tendencias de pecado en mí?
- ¿Me sigo aferrando a mis esclavitudes sin abrirme a la liberación de Dios?
- ¿Sigo anteponiendo mis planes y proyectos, mis deseos, al proyecto del Reino?
- ¿Sigo sin fiarme del todo del amor de Dios?
- ¿Sigo manteniendo y buscando otras seguridades a las que me aferro?
- ¿Cómo es mi oración?
- ¿Qué pinta, de verdad, Jesús en mi vida?
- ¿Pesa más en mi vida mi YO que el nosotros, más que la comunión?
- Reviso mis bienes y mis gastos. ¿Cuál es mi estilo concreto de vida, mi consumo?
- ¿Cuáles son mis prácticas en relación con la creación, con la naturaleza?
- ¿Tengo ojos, oídos y corazón abiertos a la presencia de Dios y reconozco a Cristo en la otra persona?
- ¿Cuál es mi vivencia real de la pobreza, de la humildad, del sacrificio?
- ¿Cuál es mi relación real con los empobrecidos del mundo obrero?
- ¿Cómo es mi amor a la Iglesia? ¿Cómo es mi vida eclesial?
- ¿Vivo el *sacramento de la impotencia compartida* acompañando la vida de las personas?
- ¿De verdad sigo creyendo que yo estoy libre de pecado?
- ¿Me cierro a posibilidades de cambio? ¿Me cierro a acoger el amor de Dios?
- ¿Soy capaz de perdonar como Cristo me perdona?

Acojo la Palabra del Señor...

Jn 8,1-11: El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra.



Por su parte, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?». Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo.

Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra». E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron esca-



bullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?». Ella contestó: «Ninguno, Señor».

Jesús dijo: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más».

Palabra del Señor

Hago mía esta Palabra

Ese es muchas veces nuestro mayor pecado: creernos libres de pecado, mejores que los demás, incluso que Dios mismo, si me apuras. Cegarnos a reconocer nuestra propia miseria –que la hay– y que somos también causantes del mal de este mundo y del mal de la Iglesia, y no solo sufridores del mal. Creer que no necesitamos conversión ni salvación, porque hace tiempo que hemos llegado a la meta. ¡Qué sabrá Dios! ¡Qué sabrá la Iglesia! ¡Qué sabrán los demás!

Incluso hemos hecho del evangelio un arma arrojadiza para repartir certificados de *cristianía*; eso sí, solo para reconocer a quien está de nuestro lado y piensa como nosotros y no pone en cuestión nuestra vida. ¡Qué rápidos somos para condenar, para excluir, para alejar! ¡Qué empeño en seguir anteponiendo mis criterios a los de Jesús! ¡Qué insistencia en querer que Dios se parezca a nosotros!

En este texto los letrados y fariseos representan la dureza de una actitud antievangélica. La mujer sorprendida en adulterio es la imagen de un pueblo habitualmente maltratado por quienes lo dominan y explotan, en nombre de la Ley de Dios. El juicio de Jesús es doble: por una parte, a los acusadores les devuelve su pecado, y a la acusada le da el perdón, la paz y un futuro nuevo: «en adelante no peques más». Jesús actúa de un modo que nos manifiesta el rostro de Dios.

Pero Jesús no actúa con ingenuidad; llama pecado al pecado. Su acogida y perdón no es una exculpación, sino una rehabilitación, una restauración de la dignidad perdida, del amor herido y de la humanidad olvidada. Mientras los acusadores niegan a esa mujer la posibilidad de cambio y esperanza, mientras le niegan el futuro, Jesús con su misericordia y perdón liquida definitivamente el pasado y abre para la mujer perdonada un futuro intacto. Mientras el castigo pretendido por los fariseos es estéril, el perdón de Jesús es creador de vida.

Jesús nos invita no a condenar, sino a comprender, a confrontar con nuestra propia conducta, a enfrentarnos con nuestra propia condición de pecadores, y experimentar también nosotros el perdón que restaura nuestra condición de hijos y hermanos.

Necesitamos en todos los ámbitos de nuestra vida menos piedras y más corazones misericordiosos, capaces de compasión. Necesitamos menos miradas frías y duras, y más manos tendidas para ayudar a levantarse.

Como dice el papa Francisco, hemos de reconocer que somos un ejército de perdonados. Solo quienes se saben perdonados con amor y misericordia pueden abrir puertas a ese futuro de humanidad que necesitamos construir.



Reconozco mi culpa y mi pecado, para sentirme perdonado, atravesado por el amor misericordioso de Dios que abre nuevas posibilidades de vida en mi existencia. Las reconozco y agradezco; las acojo. Perdonado, me pregunto también a quién he de perdonar. Reconciliado, marco en mi proyecto de vida los pasos que he de dar hacia la Pascua, hacia la vida, hacia la comunión fraterna.

Termino poniéndome, de nuevo, ante el Señor

Tus dibujos en el suelo

*Tus dibujos en el suelo
han tenido un efecto sorprendente:
el círculo moralista y acusador se ha roto
y, a solas contigo, por primera vez,
me he sentido libre.*

*Tus dibujos en el suelo
han sido el primer espejo no engañoso
que me ha hecho ver mi rostro triste,
mi ser pobre y vacilante,
mis miedos de siempre.*

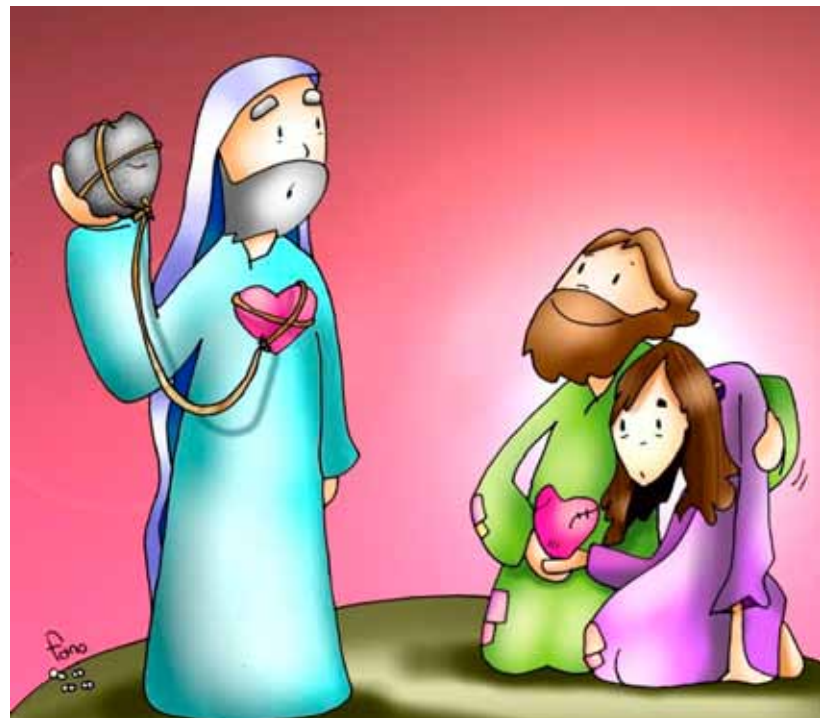
*Tus dibujos en el suelo
han creado un silencio penetrante,
pues han puesto al descubierto
la trágica parodia que vivimos
cuando nos creemos diferentes.*

*Tus dibujos en el suelo
me han devuelto la dignidad perdida,
cuando tu dedo suave y firme,
con el polvo de siempre y mis lágrimas perdidas,
han plasmado mi nuevo rostro sonriente.*

*Después te has incorporado,
serenamente has mirado mis ojos,
me has besado como nadie
y has dicho al aire: Vete y vive; ya sabes.
Y yo no me he atrevido a abrazarte.*

*Pero llevo tus dibujos del suelo
tatuados
en mi piel para siempre*

(F. Ulibarri)



Y, como siempre, ofrezco mi vida al Señor

Señor, Jesús, te ofrecemos todo el día...

*María, madre de los pobres, ruega por
nosotros.*